

“AL LLEGAR Y VER LA ACCIÓN DE LA GRACIA DE DIOS, SE ALEGRÓ MUCHO”

(Hch 11, 23)

Homilía en la posesión canónica

Arquidiócesis de Bogotá

Señor Cardenal

Rubén Salazar Gómez

Señor Cardenal

Pedro Rubiano Sáenz

Señor Nuncio Apostólico en Colombia

Luis Mariano Montemayor

Señores Obispo de la Provincia Eclesiástica de Bogotá

Señores Obispo auxiliares de la Arquidiócesis de Bogotá

Pedro Manuel Salamanca Mantilla

Luis Manuel Ali Herrera

Señores miembros del Colegio de Consultores, Señor Canciller de la Arquidiócesis de Bogotá, Canónigos del Capítulo Catedral de Bogotá, Reverendo Párroco de la Catedral.

Queridos hermanos y hermanas que nos acompañan físicamente en esta Iglesia Catedral Primada.

Queridos sacerdotes, Diáconos permanentes, seminaristas, religiosos, religiosas, miembros de los grupos apostólicos y fieles que nos siguen por los medios de comunicación y por las redes sociales.

Autoridades civiles, militares y de policía:

A todos Ustedes y a todas las personas de buena voluntad a quienes les llega esta señal, quiero darles un saludo fraterno y cercano en esta celebración eucarística, al inicio de mi servicio pastoral en la Arquidiócesis de Bogotá.

Hoy la liturgia nos invita a celebrar la memoria de San Bernabé, un judío procedente de la diáspora, que fue prontamente asociado al número de los Apóstoles y cuyo nombre se incluyó en el canon romano de la Santa Misa. En esta celebración la Palabra de Dios, nos está mostrando una ruta para la Iglesia en general, y en concreto para la Iglesia que peregrina en la Arquidiócesis de Bogotá:

1. La persona de San Bernabé, modelo para la Iglesia y para el creyente

a. Misionero enviado por la Iglesia. Es la Iglesia la que envía al misionero, su servicio tiene la fuerza de la comunidad. Este envío eclesial supera cualquier tentación de liderazgo individual, porque con Bernabé, es la Iglesia misma la que se pone en camino hacia el mundo. La Iglesia de Jerusalén lo envía a Antioquía y luego la Iglesia de Antioquía lo enviará al mundo entero. En nuestro tiempo hombres y mujeres somos envidios a testimoniar el Evangelio en la sociedad. Nos urge retomar con alegría, cada día y en cada momento, el *ardor de la espiritualidad de comunión misionera*, la *pasión evangelizadora*, “*quienes se dejan salvar por el Señor son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.*” (EG 1)

b. Creer en el otro y buscar al que se ha ido. La figura de Bernabé es un maravilloso testimonio de fraternidad y confianza. Bernabé confió en Pablo, salió a Tarso en su búsqueda, lo presentó a la Iglesia de Jerusalén y fue garante de su vida nueva, de su genuina conversión. También hoy el Señor nos pide *buscar a los alejados*, acercarnos a los que se han ido, acompañar a los que están solos, ayudar a los que se han equivocado, perdonar a los que nos han hecho daño. *Creer en el otro*, así como Dios ha creído y cree en cada uno de nosotros, a pesar de nuestras fragilidades e incoherencias. Eso es lo que han hecho tantos Bernabés que han pasado por nuestra vida. Es una bendición poder ser Bernabé para otros. Eso es amar como Dios nos ama, sin ninguna discriminación, ni de raza, ni de género, ni de condición social.

c. Hombre bueno, lleno de Espíritu Santo y de fe. Son tres cualidades que manifiesta el texto de los Hechos (Hch 11, 24). Necesitamos dejarnos *llenar de Espíritu Santo* para que nuestra *fe* se haga viva y operante, para que nuestra *bondad* se manifieste, para que podamos ser sacramento de Dios en el mundo. El Señor necesita de nuestras manos, de nuestra inteligencia, de nuestro ser para que su amor se haga visible en un momento tan difícil como el que viven el mundo y nuestra nación. Dios nos permita ser misioneros al estilo de Bernabé.

2. “Al llegar y ver la acción de la gracia de Dios, se alegró mucho”

Bernabé, enviado por la Iglesia de Jerusalén, *“al llegar a Antioquía vio la acción del Espíritu Santo”*. El apóstol encontró una comunidad eclesial viva y pujante; vió la acción de la Gracia de Dios *“y se alegró mucho”* (Hch 11, 23).

Hoy contemplo con gratitud la obra de Dios realizada en estos 456 años de historia de la Iglesia de Bogotá. Es la certeza de que otros han arado el terreno, han sembrado la buena semilla del Evangelio, han abonado y cultivado esta viña del Señor, desde su nacimiento como Iglesia particular, al trasladar la sede episcopal de Santa Marta a Santafé y al nombrar su primer Obispo, Don Fray Juan de los Barrios, OFM. Contemplo una línea apostólica de 40 señores Arzobispos, servidores de la Iglesia y de la sociedad, sobresalientes por celo pastoral y por su santidad, como el Siervo de Dios, Monseñor Ismael Perdomo.

Todos ellos han entregado generosamente su vida en este servicio. Pensemos que por más de dos siglos, la Arquidiócesis cobijó más de la mitad del territorio nacional y buena parte de Venezuela, hasta 1778 cuando Pío VI creó las diócesis de Mérida y de Maracaibo. Pensemos también en la compleja pero importantísima relación con la autoridad civil, sea en las épocas del patronato o en los difíciles años de la naciente República, que exigió toda la sabiduría y que costó tantos sufrimientos a Monseñor Fernando Caycedo y Flórez y a Monseñor José Manuel Mosquera. Pensemos en los dones y carismas de la vida religiosa, que ha regalado 14 arzobispos a esta Iglesia particular. Recordemos la singular misión que correspondió a cada uno en su peculiar momento, como fue la visión social del Cardenal Crisanto Luque, el difícil proceso de renovación conciliar afrontado por el Cardenal Luis Concha Córdoba, la estructura pastoral que le dio a la Arquidiócesis el Cardenal Aníbal Muñoz Duque, la dinámica sinodal del Cardenal Mario Revollo Bravo, la creación de las diócesis urbanas que impulsó el Cardenal Pedro Rubiano Sáenz.

Hoy de un modo muy especial, alabo y bendigo a Dios, por la sabiduría misionera y la audacia evangelizadora de Su Eminencia el Señor Cardenal Rubén Salazar Gómez. En verdad me llena de alegría recibir una Iglesia bien estructurada, un plan de Evangelización en plena marcha, con unos organismos evangelizadores bien articulados, dos Seminarios que se distinguen por la calidad de sus procesos, 554 presbíteros un clero bien formado, fraterno y disponible, muchos de ellos,

ayer y hoy, con olor de santidad, entre los que destaca el Venerable Padre Rafael Almanza. Diáconos permanentes admirables en su calidad y cantidad, una numerosa y cualificada vida religiosa, 297 parroquias vivas y dinámicas que constituyen una red de evangelización encarnada en la realidad, un laicado formado y comprometido, diversidad de movimientos apostólicos, el gran aporte a la ciudad del SEAB Sistema Educativo, y una dimensión social de la evangelización que hace visible la caridad de Cristo, como lo manifiesta durante esta pandemia la admirable labor del Banco Arquidiocesano de Alimentos.

Es la historia salvífica de una Iglesia viva que ha tejido desde Bogotá, con hilos de vida cristiana y desarrollo humano integral, el progreso de la ciudad capital y de la nación entera, en un camino custodiado por la gracia de Dios, bajo el patrocinio de Santa Isabel de Hungría, en la presencia del Señor de Monserrate y con el amor maternal de la Santísima Virgen María en la Sagrada Familia de la Peña.

Con la alegría que hay en mi alma sacerdotal y con sentimientos de gratitud con mi familia y con todas las personas que la providencia divina ha puesto en mi camino, quiero dirigirme a todos, para manifestarles mi entera disposición como servidor del Evangelio. Un día el Señor me llamó a salir de las hermosas tierras santandereanas para servir como Obispo en Montelíbano en Córdoba, y después de un corto pero inolvidable tiempo en Popayán, pues no puedo ocultar que tengo al Cauca en mi corazón, me ha traído a esta Sede Primada. Vengo a caminar con Ustedes. Vengo a orar con Ustedes. Vengo a evangelizar con Ustedes. Y cuando Dios me conceda esa gracia, ¡vengo a morir con Ustedes!

Cuento con mis hermanos Obispos de Colombia, con quienes comparto la misión apostólica, de manera especial los de nuestra Provincia Eclesiástica, que son mis hermanos Obispos Facatativá, Girardot, Zipaquirá, de las Diócesis urbanas de Engativá, Fontibón y Soacha, y del Obispado Castrense, juntos oramos y trabajamos para que el Reino de Dios se haga visible en esta porción de la Iglesia universal que peregrina en esta ciudad – región. Y cuento con Usted, querido Señor Nuncio, Monseñor Luis Mariano Montemayor, que hace presente al Papa Francisco en Colombia. Por favor, Señor Nuncio, ¡no se canse de orar por mí!

Al Señor Presidente de la República Iván Duque Márquez, a los miembros del Congreso y de las Altas Cortes, al Señor Gobernador de Cundinamarca Nicolás García Bustos, a la Señora Alcaldesa de Bogotá Claudia López Hernández, a los

Señores Alcaldes de La Calera, Choachí, Fómez, Ubaque, Cáqueza, Chipaque, Guayabetal, Gutiérrez, Fosca, Quetame y Une; a todas las autoridades civiles, militares y de policía, a los líderes sociales, a los servidores de la salud, a los docentes, a los medios de comunicación, a todos los que trabajan por el bien común, les manifiesto mi disposición para que aunemos fuerzas, para que tendamos puentes de encuentro, para que forjemos una sociedad más justa y fraterna, y para que trabajemos unidos por la paz de Colombia.

3. Juntos para evangelizar

En la memoria de San Bernabé, se nos propone un fragmento del capítulo 10 del evangelio de San Mateo, allí Jesús nuestro Señor, nos invita a trabajar juntos en la Arquidiócesis de Bogotá en cuatro dimensiones fundamentales: Anunciar la Palabra de Dios, celebrar a Jesucristo, vivir la alegría de la fraternidad y construir el Reino.

1. Anunciamos la Palabra de Dios que crea comunión y es fuente de alegría misionera:

En la Iglesia, Pueblo de Dios, todos los bautizados tenemos la hermosa misión de ser servidores de la Palabra revelada, de la que surge la misión de la Iglesia, como lo enseña el Papa Benedicto XVI: *“El anuncio de la Palabra crea comunión y es fuente de alegría. (Papa Benedicto XVI, Exhortación Verbum Domini 123).*

Hoy, como Iglesia, comunicamos la verdadera alegría en medio de esta emergencia sanitaria de la ciudad y del mundo entero, para consolar al enfermo y a su familia, para animar a los que han perdido un ser querido, para fortalecer al que se fatiga y no encuentra el camino. Comunicamos la fuerza vivificante de la Palabra: *“Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos”* (Mt 28,20). Comunicamos una Palabra eficaz que llena de esperanza: *“Espera en el Señor, se valiente, ten ánimo, espera en el Señor”*. (Sal 126). Anunciar el Evangelio con el testimonio de vida y con el anuncio explícito, es evangelizar, y evangelizar es la misión de la Iglesia (EN 14). ¡Ay de nosotros en la Arquidiócesis de Bogotá, si no evangelizamos! (1Cor 9,6).

2. Celebremos la presencia viva de Jesucristo manantial de alegría y esperanza

La centralidad de la dimensión litúrgica produce en el Pueblo de Dios, la actitud contemplativa en medio del trabajo, el equilibrio entre acción y celebración: *“La Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre. En este admirable Sacramento se manifiesta el amor « más grande », aquel que impulsa a « dar la vida por los propios amigos » (Jn 15,13). En efecto, Jesús « los amó hasta el extremo » (Jn 13,1). Con esta expresión, el evangelista presenta el gesto de infinita humildad de Jesús: antes de morir por nosotros en la cruz, ciñéndose una toalla, lava los pies a sus discípulos. Del mismo modo, en el Sacramento eucarístico Jesús sigue amándonos « hasta el extremo », hasta el don de su cuerpo y de su sangre.”* Así nos enseña el Papa Benedicto XVI. (SC 1)

Esperamos con ansia la reapertura de los templos. Con todos los protocolos, ciertamente. Pero es urgente que nuestros fieles y comunidades puedan beneficiarse de esos pulmones espirituales que son los lugares consagrados. La liturgia de la Iglesia es una acción misionera sacramental tan poderosa que nos lleva de la división y la beligerancia al respeto de las diversidades, a la comunión de corazón, hace realidad las palabras del Maestro en la “oración sacerdotal”: *“que todos sean uno para que el mundo crea” (Jn 17, 21)*. La pandemia ha hecho multiplicar la creatividad celebrativa en las redes sociales, pero eso no basta. ¡Necesitamos celebrar en los templos! Celebraremos con gratitud el acontecimiento de una nueva oportunidad de vida, celebraremos la alegría del Dios con nosotros, celebraremos cantando *“Señor has cambiado nuestro luto en danza, nos quitaste el sayal y nos has vestido de fiesta” (Sal 30,12)*.

3. Vivamos la alegría en el servicio fraterno

El servicio fraterno es una diaconía de todo el Pueblo de Dios, que nos llena de alegría cuando podemos curar las heridas del cuerpo, y avanzar hasta curar las heridas producidas por el pecado personal y social. Esa espiritualidad de la diaconía que nos impulsa a custodiar el santuario de la familia, el santuario del trabajo, el santuario de la creación, es lo que debe identificar a la Iglesia de Bogotá, tal como lo propone el “nuevo ritmo” de nuestro Plan de Evangelización cuando afirma: *“Este es el sentido profundo de la Iglesia Samaritana que desde el Sínodo Arquidiocesano nos sentimos llamados a ser: Una Iglesia que en su relación*

con la humanidad, adopta una actitud de búsqueda, salida y encuentro; una Iglesia que se hace solidaria de todo lo que acontece en la humanidad ...”(Plan E, Nuevo Ritmo No. 86)

4. Construyamos el Reino con fe y confianza

La alegría misionera tiene cruz y tiene dificultades, aunque algunos pretenden una evangelización angelical, una Iglesia celestial, un presbiterio de ángeles, unas parroquias sin cruces, sin desafíos y sin sufrimientos. La alegría misionera que es un fruto del Espíritu Santo, no nos saca del mundo, pero sí nos preserva del maligno que nos vuelve melancólicos, pesimistas, escrupulosos y hasta indiferentes. No predicamos una teología de la prosperidad sino una espiritualidad de la fraternidad y de la esperanza.

Volvamos a San Bernabé y nos encontraremos con un santo misionero con dificultades, pues, de hecho, tuvo problemas incluso con san Pablo y por eso surgió una discordia al inicio del segundo viaje apostólico (cf. Hch 13, 13; 15, 36-40). Pero es que “la santidad no consiste en no equivocarse o no pecar nunca. La santidad crece con la capacidad de conversión, de arrepentimiento, de disponibilidad para volver a comenzar, y sobre todo con la capacidad de reconciliación y de perdón” (Papa Benedicto XVI, 31 enero 2007).

Con Bernabé nos alegramos por los signos del Evangelio que se viven en la ciudad. Pero también con él, nos llenamos de fe y confianza en el Señor para construir Su Reino en esta Arquidiócesis, en esta Iglesia en camino que peregrina en Bogotá y en el oriente de Cundinamarca. Su “Nuevo Ritmo” nos invita a vivir “juntos para evangelizar”, lo cual requiere promover y asumir una renovada espiritualidad misionera y sinodal en los niños, jóvenes, adultos y ancianos, en la Vida Consagrada y en los ministros de la Iglesia. (*Plan E, Nuevo Ritmo 2019 - 2022*).

Y esto debemos hacerlo con la pasión que nos señala y describe el Papa Francisco: **“La misión es una pasión por Jesús, pero al mismo tiempo, una pasión por su pueblo”**. (EG 268).

Sirvamos, queridos hermanos al Reino de Dios y sirvamos a nuestro pueblo. Pero hagámoslo con pasión. ¡Con pasión evangelizadora!

Termino poniendo mi vida, en el corazón limpio y puro de la Siempre Virgen María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, recordando que la alegría de la Santísima Virgen María es Dios mismo, es la obra de Dios en la humanidad renovada, recreada, santificada.

Nos unimos con el Papa Francisco, en una oración confiada a la Santísima Virgen María, como Pueblo de Dios en camino, portador de esperanza y alegría:

*Virgen y Madre María,
Estrella de la nueva evangelización,
ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión,
del servicio, de la fe ardiente y generosa,
de la justicia y el amor a los pobres,
para que la alegría del Evangelio
llegue hasta los confines de la tierra
y ninguna periferia se prive de su luz.*

*Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros.
Amén. Aleluya.*

† Luis José Rueda Aparicio
Arzobispo de Bogotá
11 de junio de 2.020